3 Septiembre 1962

RADIO

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

EN verano, cuando la noche se vacía y queda uno solo frente a ella en el silencio, agotados ya los periódicos vespertinos, exprimida la novela o el ensayo de turno, sin libro nuevo en el que zambullirse o que hojear, suelo mirar de pronto, dándome cuenta de que existe y con la esperanza de que me ayude a vencer unas horas difíciles, al pequeño mueble de la radio. Pulso entonces, con cierta intemperancia, casi con una escondida agresividad que no sé cómo explicarme, cualquiera de sus teclas y me dedico a buscar alguna estación en la que detenerme, desde la que se me diga la palabra o la canción que me cautive. Mi radio es muy mediocre y harto pretenciosa. Hay escritas sobre la faja de vidrio cincuenta o sesenta nombres de estaciones diferentes, pero, como los cuentakilómetros de algunos coches, sin valor real. Ni el motor alcanza nunca la velocidad que el contador puede registrar, ni de Beromunster o de Athlone, pongamos por caso, que se me prometen en onda corta o media—ya, ni sé—me llegan otra cosa que tormentosos e informes rugidos, gigantescos enjuagatorios cortados por silbidos meteóricos, por disparos telegráficos, a través de los cuales alguna vez se captan unas sílabas inintelegibles o unas notas misteriosas. Mi escepticismo sobre las posibilidades del disfrute de las estaciones lejanas, del disfrute tranquilo, sobre todo, no turbado por interferencias, por asaltos o mezclas de estaciones vecinas, me ha inducido a quedarme, burguesamente, en el sosegado saboreo de las indígenas, y así, con cierta periodicidad, he llegado a familiarizarme con las emisoras, si no más próximas, sí más poderosas dentro del área peninsular.

Yo era un adolescente cuando empezó la radio—ese milagro del que, como de la aviación, del cine, de la penicilina, de los vuelos espaciales y de tantos otros, somos fedatarios los hombres de mi tiempo—y recuerdo aquellas caseras instalaciones que perduraron después largamente en las porterías a base de auriculares y de galenas, con una de las cuales escuché, transmitida desde el fenecido Apolo, la "Marina", que a beneficio de la Asociación de la Prensa cantaron Fleta y Sagi Barba, divos líricos del momento.

Desde entonces, la radio siguió su curva ascensional y conquistó una hegemonía que sólo ahora, por inexorable ley biológica, está a punto de perder de hecho.

Es, pues, oportuno preguntarse—claro que con mayor anchura y profundidad que en un simple artículo periodístico—si la radio, aparte de los valores de comunicación y de contacto e informativos que nadie osará discutirle, ha aportado otros de mayor alcance a nuestro acervo y si ha servido y en qué medida para acrecentar la cultura general, para afinar la sensibilidad media, para educar, en suma, de una o de otra manera, a la masa innúmera de sus fieles que, después de ocho lustros de incondicional entrega, comienzan a rendir pleitesía, abandonando sus antiguos ídolos, a las pantallas de la televisión.

Sería menester, a fin de que el juicio resultase acertado, convocar a muchos y muy diversos estamentos y oír las acusaciones y los descargos, preguntar por qué no se hizo tal o cuál cosa y enterarse de si razones incoercibles y superiores a la voluntad de sus responsables lo impidieron. Yo tengo demasiadas lagunas en los sumarios de que dispongo para dictar sentencia, pero me siento decepcionado al comparar los beneficios de que somos deudores a la radio con los que era lícito esperar de ella en la época de su germinación y de su auge.

La radio, en efecto, pudo haber multiplicado el número de los amantes de la buena música, pudo haber difundido el amor a las buenas letras, pudo haber hecho mil cosas saludables para la educación y la sensibilidad pública. No lo hizo, o, si acaso, en mínima escala. La radio pudo haber sido también una importante fuente de ingresos para el escritor, recompensado entre nosotros con excesiva parquedad, pero tampoco lo fué. Sus cuadros de colaboración son escasos e intermitentes. Las tarifas con arreglo a las cuales se indemniza a la Sociedad de Autores por el uso de su repertorio son pobrísimas. Por doquiera, más allá de los Pirineos encuentra uno a gentes de pluma que viven única y exclusivamente de la radio. Soy poco diestro en materia de estadísticas, pero pienso que ese lujo se lo permiten aquí muy pocos. Eso por lo que atañe al escritor que figura en sus nóminas. Al margen de éste, en cierto modo especializado, el censo íntegro o casi íntegro de los escritores ha llegado a la radio, sobornado con el señuelo de la propaganda. Son muchos los colaboradores esporádicos de sus encuestas, de sus entrevistas, persuadidos de que había que agradecer el privilegio de hablar por sus micrófonos, ya que así se venderían más novelas o más butacas. Esos hipotéticos dividendos han sido sus únicas compensaciones.

¿Cuáles fueron, por otra parte, los productos genuinos de la radio? Excluídas ciertas fórmulas publicitarias, dominio éste en el que ha hecho muchas dianas ingeniosas y eficaces, son los seriales su creación más característica. Los seriales han suplido las novelas por entregas y han atraído a un público multitudinario dispuesto a dejarse sugestionar por las truculencias y los desmanes propios del género. Como lógica consecuencia, ha surgido un estilo de declamación en el que todo énfasis tiene su asiento y que vicia a los actores, muchos de ellos excelentes, de tal manera que apenas pisan cualquier otra escena han de hacerse una cura de desinfección para expurgarse de trémolos, suspiros y ayes desmelenados.

En lo que atañe a la música, ¡qué arma irreemplazable era la radio para enamorar a la masa de eso que se llama generalmente la música seria! ¡Cuántas ocasiones desperdiciadas! ¡Qué insondable descompensación entre el número de horas dedicadas a la música trivial y a la sinfónica! Yo sé que esta última, lógicamente, ha de estar siempre en minoría, pero no a tanta distancia... Hago una síntesis de la hoja de servicios de la radio, quizá un poco amarga, pero limpia y amistosa.

Yo sé que la radio no morirá nunca, pero es indudable que ha alcanzado ya un techo, un límite de influencia que difícilmente traspasará. Le queda, sin embargo, tan ancho campo de operaciones por delante, tal riqueza de posibilidades, que su cambio de signo, su rectificación, nos llenarían de júbilo y serían bien venidos.

Un famoso locutor pregunta en este instante a la señorita Juana Gutiérrez si sabe cuántos galones tiene la bocamanga de un capitán de corbeta, prometiéndole, si lo adivina, varios botes de leche condensada. Me felicito de la erudición de la señorita Gutiérrez, que responde satisfactoriamente, y sigo mi camino. Es tarde ya. Alcanzo aún escuchar diversos himnos nacionales de emisoras que se extingue al filo de las doce. Las campanadas son como los disparos artilleros que acallan los últimos reductos de vida de las ondas. Decido irme a descansar con la esperanza de que la radio no ofrezca mañana, o pasado, o al otro una baraja de programas inteligentes entre los que elegir aquella a cuya vera quedarme a departir un rato como con un buen amigo cuya conversación nos agrada y nos instruye.